

# **ORFEBRERÍA CUBANA EN LANZAROTE**

*Margarita Rodríguez González*



El auge económico que experimentó Lanzarote a partir de los últimos decenios del siglo XVIII, repercutió, lógicamente, en todas las actividades de la Isla<sup>1</sup>. Una consecuencia más de ello, soportada entre otras cosas por el aumento de población, fue la división del beneficio eclesiástico de la villa de Teguiise. San Bartolomé fue una de las localidades que se separó, alcanzando a partir de 1797 la categoría de parroquia por disposición del obispo Tavira<sup>2</sup>.

Sin embargo, su población, dedicada fundamentalmente al cultivo de la tierra, particularmente a la producción de vid y barrilla, había empleado parte de su dinero desde la década anterior en la construcción de un nuevo templo que sustituyera la vieja ermita que había sido derruida. En tal proyecto tuvo un papel fundamental la familia Guerra Clavijo, impulsora de gran parte de las iniciativas que en este sentido se llevaron a cabo en dicho lugar.

Efectivamente, la más que desahogada economía de Francisco Guerra Clavijo, que llegaría a ostentar el grado de coronel y gobernador de armas de la Isla propició la conclusión de la iglesia, que quedaría definida con una planta en cruz latina a partir del desarrollo de una sola nave. No se cumplió el proyecto de aquél pues tenía la intención de elevar una segunda nave que no se llevó a cabo entonces a pesar de haber dispuesto para ello un legado de 300 pesos por manda testamentaria fechada en 1805<sup>3</sup>.

No obstante, sí logró que sus parientes y conocidos, tanto los que vivían en Lanzarote como otros que residían fuera del Arhipiélago invirtieran su caudal en la construcción y ornato de la iglesia. Así es que consiguió que las capillas del crucero, dedicadas a las Ánimas y los Dolores quedasen bajo el patrocinio de su familia, ostentando él mismo el patronato de esa última, costeando también el retablo y la imagen de la Virgen<sup>4</sup>.

De ese modo el Mayor Guerra consiguió otro de sus propósitos, dejar preparado el curato de San Bartolomé para su hijo Cayetano que fue nombrado primer párroco a la par que mayordomo de fábrica.

---

1. MILLARES CANTERO, A.: «Arrecife, el puerto de la barrilla», en *Boletín Millares Carló*, Las Palmas de Gran Canaria, n.º 111 (1982).

2. INFANTES FLORIDO, J. A.: *TAVIRA ¿Una alternativa de Iglesia? (Canarias en el siglo XVIII)*. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1989, p. 302.

3. CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ, J.: *Patronazgo artístico en Canarias durante el siglo XVIII*. Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, p. 218.

4. Idem: «Esculturas del imaginero don Fernando Estévez en Lanzarote», en *Actas de las II Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*. Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, 1990, t. II, p. 139.

El status que ambos personajes mantuvieron en la sociedad canaria de su tiempo repercutió a la postre en el devenir artístico del templo. Muy posiblemente en ese contexto ha de entenderse la relación que mantuvieron con ellos los dos artistas más importantes de la época, José Luján Pérez y Juan de Miranda.

A través de Tenerife y especialmente desde el Puerto de la Cruz se desarrollaba gran parte del tráfico comercial de Lanzarote con el exterior. En 1798 Francisco Guerra Clavijo adquirió allí, a través del comerciante Juan Cologan, un órgano para la iglesia y en 1797 Luján había realizado por encargo de aquél el sagrario para dicho templo<sup>5</sup>. Precisamente en ese mismo año, el escultor grancanario hizo su segundo viaje a Tenerife<sup>6</sup>.

La relación del maestro con Lanzarote, repetida en el caso de San Bartolomé cuando en 1810 efectúe el púlpito, tiene una contundencia mayor en el caso del también grancanario Juan de Miranda, quien, en una de sus largas estancias en Tenerife, residió en la década de 1780 en el Puerto de la Cruz, manteniendo relación con lo más granado de la sociedad del valle de La Orotava. Pero también residió en Arrecife en los años noventa y, precisamente, cuando este pintor decide desprenderse de sus propiedades en Lanzarote otorga poder a Cayetano Guerra en 1798<sup>7</sup>. No se ha constatado su actividad como pintor en aquel templo, pero quizá se haya perdido como le ocurrió al retrato que posiblemente hizo a dicho presbítero en 1799.

El interés personal con que padre e hijo abanderaron todas las iniciativas encaminadas a conseguir que su iglesia dispusiera de todo lo necesario hizo que a la hora de encargar las piezas de orfebrería optasen por hacerlo en América. No obstante, llama la atención que no recurriesen en este caso también a talleres insulares, especialmente al que regentaba en La Laguna Antonio Juan Correa, o en el caso de la capital grancanaria, Antonio Padilla. Por no citar a prestigiosos maestros cordobeses de la talla de Damián de Castro, de cuya mano existen en el Archipiélago piezas de primera línea, encargadas mayoritariamente por los círculos sociales en los que aquéllos se desenvolvían. Y, finalmente, que no pensase en los no menos afamados orfebres mexicanos o, incluso, venezolanos, de los que también poseemos una importante representación del siglo XVIII<sup>8</sup>.

Sin embargo, no sólo debía de interesarles tal extremo, sino también el tener buenos patrocinadores. Parte de su familia había emigrado a Uruguay, Puerto Rico y Cuba, y fue precisamente en esta última Isla donde los encon-

---

5. *Ibidem*.

6. CALERO RUIZ, C.: *Luján*. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1991.

7. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, M.: *La pintura en Canarias durante el siglo XVIII*. Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1986.

8. HERNÁNDEZ PERERA, J.: *Orfebrería de Canarias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1955.

tró; además, los talleres de La Habana habían consolidado su fama desde la segunda mitad del siglo XVII, pudiendo observar en Canarias algunas de sus realizaciones.

Así pues, desde 1785 a 1788 se produce un carteo<sup>9</sup> entre Cayetano Guerra y Leandro Ramírez, Fernando Rafael Luzardo y Marcial Ramírez, tío y primo de aquél, que residían en la localidad de Sancti Spíritu para conseguir que sus «paisanos» establecidos en esa localidad colaborasen en la empresa. Con el ánimo de que «*en lo sucesivo quede estampada nuestra memoria en los archivos de esa nueva iglesia*» pasaron a La Habana donde en junio de 1786 quedaron concluidas las obras, habiendo sido tasadas en 500 pesos.

Las primeras referencias a su llegada datan del verano de 1788, elogiándose entonces por la «*delicadeza de su construcción*». Efectivamente, la custodia, copón, cáliz y vinajeras fueron realizados en plata sobredorada<sup>10</sup>, constituyendo un buen ejemplo del buen hacer de los talleres habaneros, cuyas pautas estilísticas apuntaban ya la mesura propia del fin de siglo.

---

9. Archivo Diocesano de Las Palmas. Expediente promovido sobre erección de nueva Parroquia en cada uno de los cuatro Pueblos de Arrecife, San Bartolomé, Tías y Tinajo en la isla de Lanzarote, fols. 1, 2, 3, 10, 11, 13 y 28.

10. Custodia, copón y cáliz aún se conservan en la parroquia de San Bartolomé; no acontece lo mismo con las vinajeras que, sin sobredorar, se encuentran en Las Palmas (Patrimonio Diocesano).



Láms. n.º 1. Custodia (parroquia de San Bartolomé, Lanzarote.  
La Habana, c. 1786.)



**Láms. n.º 2.** Copón (parroquia de San Bartolomé, Lanzarote.  
La Habana, c. 1786.)



Láms. n.º 3. Cáliz (parroquia de San Bartolomé, Lanzarote.  
La Habana, c. 1786.)